

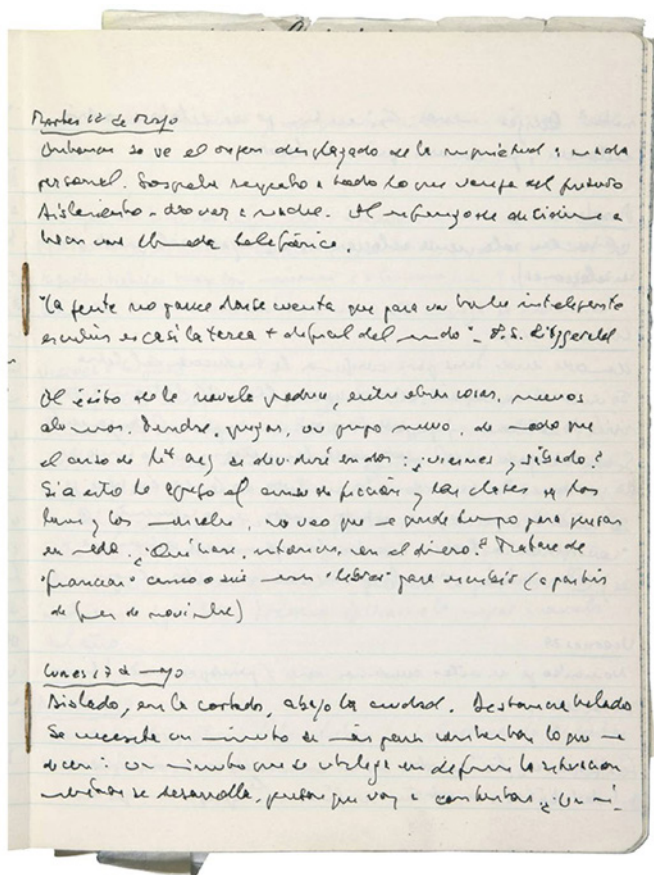
**R**icardo Piglia (Adrogué, 1941) empezó a escribir un diario a la edad de dieciséis años. Su padre era peronista y cuando el presidente argentino cayó del poder, la familia, por las actividades políticas paternas, tuvo que abandonar Buenos Aires y refugiarse en Mar del Plata.

Sentado en la batea del camión de la mudanza, mientras observaba la Pampa, le dio por escribir. Ese diario adolescente, al cabo de los años, habría de convertirse en la justificación de su obra narrativa posterior. Se trataba de ser célebre por la escritura de novelas, para de esta forma generar interés en la publicación de sus diarios.

Pasaron muchos años para que Piglia escribiera y publicara *Respiración artificial* (1980). Fue la culminación de un largo proceso de aprendizaje, de crítica y edición. Su actividad literaria recuerda a uno de los personajes de Vila-Matas: “Soy un hombre que se hace pasar por un crítico”. Al menos así fue conocido, principalmente, durante la década de los sesenta y los setenta. Su obra narrativa, en muchos aspectos, también podría considerarse una gran crítica al canon literario argentino.



**Ciudadanos argentinos celebran la victoria electoral de Perón en 1973.** Foto: Efe



**Una página del diario de Piglia, expuesta en la muestra *Fragmentos de un diario* en Madrid, España.**

## EL CRÍTICO Y EDITOR

La literatura no sólo se conforma de textos; el otro elemento indispensable son los lectores. Sin ellos las obras permanecen muertas, en la oscuridad, no llegan a ser valoradas ni interpretadas. Existe la falsa creencia de que los escritores se mueven en solitario, en la nada, que publican sus libros por sí mismos. Sin embargo, aunque esto puede suceder, ocurre cuando el medio literario es pobre, raquítico. Para darle vigor a la literatura se necesita de los grandes editores y los grandes críticos. Ambas posiciones requieren de la generosidad, virtud de la cual no carecía el autor que nos atañe. Planteó una nueva forma de leer el canon argentino.

Si algo tienen los escritores importantes, es que no únicamente escriben, sino que proponen otras lecturas de autores olvidados o malinterpretados. Piglia, durante su trabajo en la Editorial Tiempo Contemporáneo, propició una nueva lectura. Amplió el diálogo de la literatura latinoamericana, que a veces puede llegar a ser muy provinciana, con otras. Fue uno de los introductores de los estructuralistas franceses, quienes renovaron la crítica literaria y social durante el siglo pasado (Roland Barthes).

Revaloró y dio el justo lugar a la novelística de Roberto Arlt, de quien dijo que *Los siete locos* era la mejor novela argentina jamás publicada. Recuperó la obra de Rodolfo Walsh, escritor asesinado en la dictadura de Videla, autor de otra novela imprescindible: *Operación masacre*. También reincluyó en la historia literaria argentina a Macedonio Fernández, novelista incomprendido y mucho más revolucionario técnicamente que los escritores del *Boom*.

Foto: El País